

CAPÍTULO XVIII

Continúan las operaciones de Bonaparte en Egipto.—Conquista del alto Egipto por Desaix.—Batalla de Sedimán.—Expedición de Siria.—Toma del fuerte de El-Arisch y de Jaffa.—Batalla del monte Tabor.—Sitio de San Juan de Acre.—Vuelta á Egipto.—Batalla de Abukir.—Viaje de Bonaparte á Francia.—Operaciones en Europa.—El archiduque Carlos marcha hacia el Rhin y Suwarow á Suiza.—Movimiento de Massena.—Memorable batalla de Zurich.—Peligrosa situación de Suwarow.—Su desastrosa retirada.—Sálvase la Francia.—Acontecimientos en Holanda.—Derrota y capitulación de los anglo-rusos.—Evacuación de Holanda.—Fin de la compañía de 1799.

Después de la batalla de las Pirámides, Bonaparte se vió dueño de Egipto, donde había comenzado á establecerse, distribuyendo á sus generales en las provincias para hacer la conquista. Desaix, situado á la entrada del alto Egipto, con una división de unos tres mil hombres, estaba encargado de conquistar aquella provincia contra los restos de Murad-bey. Empezó su expedición en octubre de 1798, cuando terminaba la inundación, y entonces el enemigo, retirándose á su vista, le esperó en Sedimán, donde Desaix dió el día 7 una sangrienta batalla contra los desesperados restos de Murad-bey. Ningún combate de los franceses en Egipto fué tan sangriento como este, en que dos mil franceses tuvieron que luchar contra cuatro mil mamelucos y ocho mil fellahs, fortificados en el pueblo de Sedimán. El orden de la batalla fué idéntico al que se siguió en la de las Pirámides y al de todas las que se dieron en Egipto; es decir, los fellahs estaban resguardados por las paredes del pueblo, y la caballería en la llanura. Desaix se formó en dos cuadros, colocando en sus alas otros dos pequeños para disminuir el choque de la caballería enemiga. Por primera vez fué desbaratada nuestra infantería, y roto uno de los cuadros pequeños; pero por un súbito y admirable instinto, nuestros valerosos soldados se tendieron al momento en tierra, para que los cuadros grandes pudieran hacer fuego sin causarles daño. Los mamelucos, pasando sobre su cuerpo, cargaron estos cuadros con furia por espacio de varias horas, yendo al fin á expirar como desesperados en las puntas de las bayonetas. Los cuadros se desplegaron en seguida, según costumbre, para atacar los atrincheramientos, y apoderáronse de ellos, mientras los mamelucos, describiendo un gran arco de círculo, fueron á degollar á los heridos que iban á retaguardia; pero se les alejó bien pronto de aquel campo de carnicería, y furiosos los soldados, mataron á un gran número de enemigos. Jamás habían cubierto un campo de batalla tantos cadáveres, pues solamente los franceses habían perdido trescientos hombres. Desaix continuó su marcha todo el invierno, y después de una serie de combates, que le hicieron dueño del alto Egipto hasta las cataratas, logró que se temiese su bravura tanto como se apreciaba su clemencia. En el Cairo se titulaba á Bonaparte sultán kebir, *sultán de fuego*; en el alto Egipto se llamó á Desaix el *sultán justo*.

Bonaparte, entretanto, se dirigía á Belbeys para echar

al bey Ibrahim á Siria, recogiendo al paso las reliquias de la caravana de la Meca, robada por los árabes. Cuando volvió al Cairo siguió planteando una administración enteramente francesa, y promoviendo una revolución por los agentes secretos de Murad-bey el día 21 de octubre de 1798, fué reprimida y castigados los revoltosos con tal severidad, que desanimó enteramente á los enemigos de los franceses (1). Bonaparte supo entonces la declaración de guerra de la Puerta, y los preparativos que contra él hacía auxiliada de los ingleses, formando dos ejércitos, uno en Rodas y el otro en Siria. Ambos debían operar simultáneamente en la primavera de 1799, el uno desembarcando en Abukir cerca de Alejandría, y el otro atravesando el desierto que separa la Siria del Egipto. Bonaparte comprendió al punto su posición, y quiso, según su costumbre, desconcertar al enemigo anticipándose á él con un repentino ataque. No podía franquear en la buena estación el desierto que separa el Egipto de la Siria, y resolvió aprovechar el invierno para ir á desbaratar las fuerzas que se iban organizando en Acre, Damasco y las principales ciudades. El célebre bajá de Acre, Djezzar, había sido nombrado seraskier del ejército reunido en Siria: Abdallah, bajá de Damasco, mandaba su vanguardia y había avanzado hasta el fuerte de El-Arisch que franquea el Egipto por la parte de Siria. Bonaparte quiso operar desde luego, pues tenía inteligencias entre los pueblos del Líbano: los drusos, tribus cristianas, y los mutualis, mahometanos cismáticos, le ofrecían su socorro llamándole ansiosamente. Asaltando bruscamente á Jaffa, Acre y algunas plazas mal fortificadas, podía apoderarse en poco tiempo de Siria, agregar esta hermosa conquista á la de Egipto, hacerse dueño del Éufrates como lo era del Nilo, y tener entonces todas las comunicaciones con la India. Su ardiente imaginación iba más lejos aún, formando algunos de los proyectos que sus admiradores le atribuían en Europa. No era imposible que sublevando á los pueblos del Líbano reuniera sesenta ú ochenta mil auxiliares, y que apoyando á éstos con veinticinco mil soldados, los más intrépidos del universo, marchase sobre Constantinopla á fin de apoderarse de ella. Ya fuera practicable ó no este plan gigantesco, lo cierto es que ocupaba su ima-

(1) Este acontecimiento ocurrió el 30 vendimiario del año VII (21 de octubre de 1798).

ginación; y cuando se ha visto lo que había hecho, auxiliado por la fortuna, no se osa declarar insensato ninguno de sus proyectos.

Bonaparte se puso en marcha en pluvioso (primeros días de febrero) á la cabeza de las divisiones Kléber, Regnier, Lannes, Bon y Murat, compuestas de unos trece mil hombres; la división Murat constaba sólo de caballería. Bonaparte había creado un regimiento de un arma enteramente nueva: era el de los dromedarios. Cada uno de estos animales conducía dos hombres, sentados en el lomo espalda con espalda; y gracias á la fuerza y celeridad de aquéllos, podían franquear veinticinco ó treinta leguas sin detenerse. Bonaparte organizó este regimiento para perseguir á los árabes que infestaban los alrededores de Egipto, y debía seguir al ejército de expedición. El general mandó además al contraalmirante Perrée que saliera de Alejandría con tres fragatas y viniese á la costa de Siria para transportar la artillería de sitio y las municiones. Llegó á la vista del fuerte El Arisch el 29 pluvioso (17 de febrero), y después de alguna resistencia, rindióse prisionera la guarnición, compuesta de mil trescientos hombres, habiéndose hallado en el fuerte considerables almacenes. Ibrahim-Bey quiso socorrerle; pero fué puesto en fuga, dejando en poder de los franceses su campamento con un inmenso botín. Los soldados hubieron de padecer mucho al atravesar el desierto; pero veían á su general siempre junto á ellos, soportando, á pesar de su débil salud, las mismas privaciones y fatigas, y no se atrevían á quejarse. Muy pronto se llegó á Gazah, plaza que fué tomada á la vista de Djezzar Bajá, y en la cual se halló, como en el fuerte El-Arisch, mucho material y provisiones. Desde Gazah se dirigió el ejército á Jaffa, la antigua Joppé, á la cual llegó el 13 ventoso (3 marzo). Esta plaza estaba circuida de una gruesa muralla flanqueada de torres, y contenía cuatro mil hombres de guarnición. Bonaparte mandó batirla en brecha, intimando después la rendición al comandante, quien por toda respuesta cortó la cabeza al parlamentario. Dióse el asalto, la plaza fué tomada con indecible intrepidez y durante treinta horas fué expuesta al pillaje y á la matanza. Encontróse una numerosa artillería y víveres de toda especie. Quedaban algunos miles de prisioneros, que no era posible enviar á Egipto, porque se carecía de los medios ordinarios para escoltarlos, y á quienes no convenía dejar marchar para reunirse con el enemigo y engrosar sus filas. Bonaparte se decidió por una medida terrible, que es el único acto cruel de su vida: hallándose en un país bárbaro, había adoptado involuntariamente sus costumbres, y mandó pasar á cuchillo á los prisioneros que le quedaban. El ejército consumió con obediencia, aunque con una especie de espanto, la ejecución que se le ordenaba. Al detenerse en Jaffa, nuestros soldados se contagiaron con los gérmenes de la peste.

Bonaparte avanzó después sobre San Juan de Acre, la antigua Tolemáida, situada al pie del monte Carmelo: era la única plaza que aún pudiera detenerle; pero si la tomaba sería dueño de Siria. Sin embargo, habiase encerrado Djezzar en ella con todas sus riquezas y una fuerte guarnición, contando además con el apoyo de Sidney-Smith, que cruzaba en aquellos parajes, facilitándole ingenieros, artilleros y municiones. También debía ser socorrido muy pronto por el ejército turco reunido en

Siria, que avanzaba desde Damasco para franquear el Jordán. Bonaparte se apresuró á atacar la plaza, á fin de tomarla como la de Jaffa antes de que recibiera un refuerzo de nuevas tropas y tuviesen tiempo los ingleses de perfeccionar la defensa. Desgraciadamente, la artillería de sitio que debía venir por el mar de Alejandría cayó en poder de Sidney-Smith, reduciéndose así nuestro tren de sitio á una carronada de treinta y dos, cuatro piezas de á doce, unas treinta de á cuatro y ocho obuses. Faltaban balas, pero imaginóse un medio de adquirirlas: hacíanse salir á la playa algunos jinetes, y al verlos Sidney-



Sidney-Smith

Smith hacía un fuego graneado con todas sus baterías; los soldados, á quienes se daba un real por bala, iban á recogerlas en medio del cañoneo y de generales carcajadas.

La trinchera había sido abierta el 30 ventoso (20 de marzo.) El general de ingenieros Sansón, creyendo haber llegado, durante un reconocimiento nocturno, al pie de la muralla, declaró que no había contraescarpa ni foso, creyéndose por lo tanto que bastaría practicar una simple brecha y lanzarse después al asalto. Hízose así el 5 germinal (25 marzo), pero los sitiadores se vieron detenidos por una contraescarpa y un foso, y entonces, sufriendo el fuego del enemigo, se comenzó á minar en el acto.

La operación se practicaba bajo el fuego de todas las murallas y de la magnífica artillería que Sidney-Smith nos había tomado. Este último había facilitado á Djezzar excelentes tiradores ingleses y un antiguo emigrado, Phelippeaux, oficial de ingenieros de gran mérito. La mina estalló el 8 germinal (28 marzo), llevándose sólo una parte de la contraescarpa: veinticinco granaderos

siguieron al joven Maily al asalto; y al ver al intrépido oficial colocar la escala, atemorizáronse los turcos, pero Maily cayó muerto. Los granaderos se desanimaron entonces, repusieron los turcos, y los dos batallones que iban detrás fueron recibidos con un fuego horrible; su comandante, Laugier, quedó muerto, y se frustró otra vez el asalto.

Desgraciadamente acababa de recibir la plaza un refuerzo de varios miles de hombres, gran número de artilleros enseñados á la europea, é inmensas municiones; de suerte que era sitio muy superior para trece mil hombres casi sin artillería. Necesitábase abrir otra nueva mina para que saltase toda la contraescarpa y empezase otra galería. Siendo el 12 germinal (1.º de abril), llevando ya diez días delante de la plaza, y anunciándose como próxima la llegada del gran ejército turco, era menester proseguir los trabajos y resguardar el sitio. El general en jefe mandó que se trabajara sin descanso en minar de nuevo y destacó á la división Kléber hacia el Jordán para disputar el paso al ejército procedente de Damasco.

Reunido este ejército con los adueros de las montañas de Naplusa, ascendía á cerca de venticinco mil hombres, consistiendo su fuerza en más de doce mil jinetes y llevando un inmenso bagaje. Mandábase Abdallah, bajá de Damasco, y pasó el Jordán por el puente de Jacob el 15 germinal (4 de abril). Junot, con la vanguardia de Kléber, que constaba á lo más de quinientos hombres, encontró á la vanguardia turca en el camino de Nazareth el 19 (8 de abril); mas lejos de retroceder, arrojó denodadamente al enemigo, y formando en cuadro, cubrió de cadáveres el campo de batalla y cogió cinco banderas: después, viéndose precisado á ceder al número, se retiró hacia la división de Kléber, la cual se adelantaba y aceleraba su marcha para incorporarse con Junot. Enterado Bonaparte de la fuerza del enemigo, se destacó con la división de Bon para proteger á Kléber y dar una batalla decisiva. Djezzar, de acuerdo con el ejército que iba en auxilio suyo, trató de hacer una salida; pero rechazado terriblemente, dejó cubiertas nuestras obras de cadáveres, pudiendo por consecuencia emprender su marcha Bonaparte.

Había desembocado Kléber con su división en las llanuras que se extienden al pie del monte Tabor, no lejos del pueblo de Fouli, con la idea de sorprender por la noche el campamento turco; pero llegó demasiado tarde. El 27 germinal (16 de abril) por la mañana halló todo el ejército turco formado en batalla, ocupando quince mil infantes el pueblo de Fouli y más de doce mil caballos desplegados en la llanura. Kléber apenas contaba con tres mil infantes en su cuadro y toda aquella caballería partió para precipitarse sobre él, y aunque jamás habían visto los franceses escaramucear á tanta caballería cargándolos en todos sentidos, conservaron su acostumbrada serenidad, y los recibieron á quemarropa con un terrible fuego, derribando á cada descarga considerable número. En breve se vieron rodeados de una muralla de hombres y caballos, pudiendo resistir por seis horas seguidas, guarecidos con tan horrible defensa, todo el furor de sus enemigos.

Al mismo tiempo salía Bonaparte del monte Tabor con la división de Bon, y vió cubierta la llanura de fuego y humo y á la valiente división de Kléber mantenerse firme tras un parapeto de cadáveres. Dividió al punto la

gente que llevaba en dos cuadros, que se adelantaron formando un triángulo equilátero con la división de Kléber, y encerraron al enemigo entre ellos. Siguió su marcha con el mayor silencio y sin dar indicio alguno de su aproximación hasta cierta distancia en que Bonaparte mandó disparar un cañonazo, y se presentó en el campo de batalla. Hicieron en seguida un espantoso fuego las tres extremidades del triángulo, acometiendo á los mamelucos que estaban en medio, y arremolinándoles de este modo, les hicieron huir en todas direcciones.

Recobrando nuevo brío entonces la división de Kléber, se precipitó sobre el pueblo de Fouli, y tomándole á la bayoneta, hizo una horrible matanza en el enemigo.

En breve desapareció toda aquella muchedumbre y se vió cubierta la llanura de cadáveres, quedando en poder de los franceses el campamento turco, las tres colas del bajá, cuatrocientos camellos é inmensidad de otros despojos. Murat, que se hallaba en las márgenes del Jordán, mató gran número de fugitivos, y Bonaparte mandó prender fuego á todos los pueblos de los naplusionos. Seis mil franceses destruyeron aquel ejército que los naturales del país decían ser tan numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Durante este tiempo no se había dejado de minar y contraminar alrededor de las murallas de San Juan de Acre, disputándose un terreno arruinado á consecuencia de los sitios. Mes y medio hacía que se hallaba sitiada la plaza, habiéndose intentado muchos asaltos, rechazado varias salidas y muerto gran número de enemigos; pero á pesar de las continuas ventajas, se experimentaban irreparables pérdidas de tiempo y de hombres. El 18 floreal (7 de mayo) llegó al puerto de Acre un refuerzo de doce mil hombres, y calculando Bonaparte que no podrían desembarcar hasta pasadas seis horas, manda en seguida hacer repetidos disparos con una pieza de veinticuatro sobre un lienzo de muralla que estaba á la derecha del punto contra el que tanto tiempo hacía se dirigían todos los esfuerzos. Llegada la noche, se trepó á la brecha, hicieronse dueños de las obras del enemigo, se terraplenaron, clavóse la artillería, se entró á degüello y finalmente apoderáronse de la plaza, mientras las tropas que habían desembarcado se adelantaban desplegándose en batalla y presentando una imponente masa. Fué muerto Rambaut, que mandaba los primeros granaderos que dieron el asalto, y Lannes herido. Al mismo tiempo hace el enemigo una salida, toma la brecha por la espalda y corta la retirada á los valientes que habían penetrado en ella. Unos consiguieron salir, pero otros, tomando un partido desesperado, se refugian á una mezquita, hácese allí fuertes, apuran sus últimos cartuchos y se manifiestan resueltos á vender caras sus vidas, cuando Sidney Smith, prendado de tanto heroísmo, les concede capitulación.

Las tropas sitiadoras marchan entretanto contra el enemigo, le rechazan en la plaza y hacen en él una espantosa martandad, cogiendo ochocientos prisioneros.

Furioso Bonaparte, después de dar dos días de descanso á sus tropas, manda dar otro asalto el 21 (10 de mayo). Escalan la brecha con el mismo denuedo, pero no pueden pasar de ella, pues todo un ejército guardaba la plaza y defendía sus calles, por lo que fué preciso renunciar á la empresa.

Dos meses hacía que se hallaban en el sitio de Acre, habiendo sufrido irreparables pérdidas, y hubiera sido una imprudencia exponerse á otras mayores. Propagábase la peste por esta ciudad, cuyo germen había contagiado al ejército en Jaffa. Aproximábase la estación de los desembarcos y se anunciaba la llegada de un ejército turco á las bocas del Nilo; de suerte que si seguía con su tenacidad Bonaparte, podía debilitarse hasta el extremo de no poder luchar con nuevos enemigos.

Habíase realizado, lo principal de sus proyectos, por que había destruído las reuniones formadas en Siria, reduciendo al enemigo á la imposibilidad de obrar por aquel punto. En cuanto á la parte grandiosa de todos aquellos proyectos, las vagas y mágicas esperanzas de conquistas en Oriente, debía renunciarse á ellas. Decidióse, pues, á levantar el sitio, pero fué tal su pesar, que no obstante su inaudita suerte, se le oyó repetir más de una vez, hablando de Siney-Smith: *Ese hombre me ha impedido hacer mi fortuna*. Los drusos, que habían sostenido al ejército durante el sitio, y todos los enemigos de la Puerta, supieron su retirada con desesperación.

Había comenzado el sitio el 30 ventoso (30 de marzo) y levantóse el 1.º pradiel (20 de mayo), habiendo empleado dos meses. Antes de salir de San Juan de Acre, quiso dejar una terrible señal de su paso; abrasó la ciudad con sus fuegos, y dejola casi reducida á cenizas, emprendiendo en seguida el camino del desierto. Había perdido por la lucha, las fatigas ó las enfermedades, cerca de la tercera parte de su ejército de expedición, es decir, unos cuatro mil hombres, y llevaba consigo mil doscientos heridos. Durante su marcha asoló á su paso todo el país, sembrando un profundo terror. Llegado á Jaffa, mandó volar las fortificaciones. Había allí un hospital para los apesetados: transportarlos era imposible, y dejándolos quedaban expuestos á una muerte inevitable, ya por la enfermedad, por el hambre ó la crueldad del enemigo. Por eso dijo Bonaparte al médico Desgenetes que sería mucho más humano administrarles opio que dejarles con vida, á lo cual dió el médico una respuesta que ha sido muy elogiada: *Mi profesión es curarlos, y no matarlos*. No se les administró, pues, opio; pero este hecho bastó para propagar una calumnia indigna, que se ha desmentido ya.

Bonaparte entró al fin en Egipto después de una expedición de cerca de tres meses; y á fe que ya era tiempo que llegase, pues el espíritu de insurrección se había propagado en todo el Delta. Un impostor que se titulaba el ángel El-Mohdhy suponíase invulnerable, pretendiendo que él expulsaba á los franceses levantando polvo, y había reunido algunos miles de insurrectos. Como los agentes de los mamelucos le prestaban su auxilio, habíase apoderado de Damanhour, degollando á la guarnición. Bonaparte envió un destacamento que, dispersando á los insurgentes, mató al ángel invulnerable. A pesar de haberse comunicado la perturbación á las diversas provincias del Delta, la presencia del general restableció por todas partes la calma. Dispuso que dieran magníficas fiestas en el Cairo para celebrar sus triunfos en Siria: sin confesar que se había frustrado una parte de sus proyectos, ensalzaba con razón los numerosos combates empeñados en Siria, la magnífica batalla del monte Tabor y las terribles venganzas ejercidas contra Djezzar.

Después circuló entre los habitantes nuevas proclamas, en las cuales decía que estaba en el secreto de sus pensamientos y adivinaba sus planes tan pronto como los formaban. Todos dieron crédito á estas singulares palabras del sultán Kebir, persuadiéndose de que adivinaba todos sus pensamientos. Bonaparte no tenía que contener sólo á los habitantes, sino también á sus generales y al mismo ejército, cuyo descontento no provenía de las fatigas ni de los peligros, ni mucho menos de las privaciones, pues de nada carecía, sino de ese amor á la patria que acompaña por todas partes á los franceses. Hacía un año que estaban en Egipto y cerca de seis meses que no recibían noticia alguna de Francia. No había podido cruzar ningún buque; una sombría tristeza devoraba todos los corazones, y diariamente pedían los oficiales y generales licencia para volver á Europa. Bonaparte concedía muy pocas, ó acompañábalas de esas palabras que se temen como la deshonra. El mismo Berthier, su fiel Berthier, atormentado por una antigua pasión, pedía permiso para volver á Italia; mas por segunda vez se avergonzó de su debilidad y renunció á marchar. Cierta día el ejército formó el proyecto de sacar del Cairo sus banderas y dirigirse á Alejandría para embarcarse; pero no pasó esto de la idea, y no se atrevió á oponerse á su general. Los tenientes de Bonaparte, que daban el ejemplo á los murmuradores, callábase delante de él, sometiéndose á su ascendiente. Había tenido más de una cuestión con Kléber, cuyo enojo no procedía del abatimiento, sino de su genio indómito; pero siempre acababan por avenirse, porque Bonaparte amaba á Kléber por su grandeza de alma y á Kléber le seducía el genio de Bonaparte.

Era llegado pradiel (junio) y seguían ignorándose los acontecimientos de Europa y los desastres de Francia. Sabíase sólo que reinaba una verdadera confusión en el continente y que era inevitable una guerra. Bonaparte esperaba con impaciencia nuevos detalles á fin de adoptar un partido y volver, si era preciso, al primer teatro de sus hazañas; pero antes quería aniquilar el segundo ejército turco reunido en Rodas, cuyo desembarco se anunciaba ya como muy próximo.

Este ejército, conducido en numerosos transportes y escoltado por la división naval de Sidney-Smith, se presentó el 23 mesidor (11 de junio) á la vista de Alejandría, fondeando en Abukir, que era la misma bahía en que había quedado destruída nuestra escuadra. La península que forma aquella bahía, y que lleva su mismo nombre, fué el punto que eligieron los ingleses para el desembarco; esta estrecha península avanza entre el mar y el lago Madieh y termina por un fuerte. Bonaparte había ordenado á Marmont, que mandaba en Alejandría, que perfeccionase la defensa del fuerte y destruyera el pueblo de Abukir, situado alrededor; pero en vez de hacer esto último, se quiso conservarle para alojar á los soldados, rodeándole simplemente de un reducto, con el objeto de protegerle por la parte de tierra. Sin embargo, como este reducto no llegaba á las orillas del mar, no constituía un recinto cercado, quedando aquel punto como una simple fortificación de campaña. Los turcos desembarcaron en efecto con mucha audacia, atacaron los atrincheramientos sable en mano, tomáronlos y se apoderaron del pueblo de Abu-

kir, dando muerte á la guarnición. Tomado el pueblo, el fuerte no podía sostenerse apenas, y hubo de rendirse. Marmont, comandante en Alejandría, había salido á la cabeza de mil doscientos hombres, para volar en auxilio de las tropas de Abukir; mas al saber que los turcos habían desembarcado en considerable número, no osó intentar rechazarlos por un atrevido ataque, y volvió á Alejandría, dejándolos situarse tranquilamente en la península de Abukir.

Las fuerzas de los turcos constaban de diez y ocho mil hombres de infantería; no eran aquellos miserables fellahs que formaban la de los mamelucos; eran valerosos genizaros armados de fusil sin bayoneta, el cual se terciaban á la espalda después de haber hecho fuego, precipitándose en seguida sobre el enemigo con pistola y sable en mano. Su numeroso ejército estaba bien servido y mandábanle oficiales ingleses. Faltábales caballería, pues sólo disponían de trescientos jinetes; mas esperaban la llegada de Murad-bey, que debía salir del alto Egipto, costear el desierto, atravesar los oasis y arrojarse sobre Abukir con dos ó tres mil mamelucos.

Cuando Bonaparte supo los detalles del desembarco salió del Cairo al momento, é hizo hasta Alejandría una de esas marchas de que tantas veces se había dado el ejemplo en Italia. Llevaba las divisiones de Lannes, Bon y Murat, y ordenó á Desaix que evacuase el alto Egipto y á Kléber y Regnier, que estaban en el Delta, aproximarse á Abukir. Birket fué elegido por ser el punto intermedio entre Alejandría y Abukir para concentrar sus fuerzas y obrar según las circunstancias, pues temía que desembarcase un ejército inglés al mismo tiempo que el turco.

Conforme al plan acordado con Mustafá-bajá, Murad-bey había tratado de penetrar en el bajo Egipto, pero encontrado y batido por Murat, se vió precisado á retroceder al desierto. Sólo faltaba vencer al ejército turco, faltar de caballería, pero acampado detrás de los atrincheramientos y dispuesto á resistir con su obstinación acostumbrada. Bonaparte, después de examinar en Alejandría las excelentes obras ejecutadas por el coronel Cretín, y de haber reprendido á su teniente Marmont, que no osó atacar á los turcos en el instante del desembarco, salió de Alejandría el 6 termidor (24 julio). Al día siguiente, 7, hallábase á la entrada de la península. Su proyecto era encerrar el ejército turco por medio de trincheras, y esperar, para atacarle, la llegada de todas sus divisiones, porque sólo tenía disponibles las de Lannes, Bon y Murat, compuestas de unos seis mil hombres; pero al ver los preparativos de los turcos, varió de opinión y resolvió acometerlos inmediatamente, confiando en cercarles en Abukir y aniquilarlos con bombas y granadas.

Los turcos ocupaban el centro de la península, que es muy estrecha, y estaban cubiertos por dos líneas de trincheras. A media legua de Abukir, donde acampaban, habían ocupado dos alturas arenosas; la una apoyada en el mar, y la otra en el lago de Madieh, que formaban su derecha é izquierda. En el centro de ambas alturas se hallaba un pueblo que también guardaban, teniendo mil hombres en el alto de la derecha, dos mil en el de la izquierda y de tres á cuatro mil en el pueblo, todo lo cual formaba su primera línea. La segunda estaba en el mismo pueblo de Abukir, formada

por el reducto que construyeron los franceses y que se comunicaba con el mar por dos ramales. En ésta habían colocado su principal campamento y el grueso de sus fuerzas.

Bonaparte adoptó sus disposiciones con su actividad y precisión acostumbradas, mandando al general Destaing que avanzase con algunos batallones sobre la colina de la izquierda donde se hallaban los mil turcos; Lannes recibió orden de marchar sobre la derecha, en la cual se hallaban los otros dos mil; y Murat, que ocupaba el centro, debía desfilarse con la caballería por detrás de las dos colinas. Estas órdenes se ejecutan con gran precisión: Destaing marcha sobre la colina de la izquierda y la franquea atrevidamente; Murat la flanquea con un escuadrón; al ver esto los turcos, abandonan sus posiciones, y encuentran á la caballería que los acuchilla, rechazándolos hasta el mar, y prefieren precipitarse en él á rendirse. Por la derecha se practica la misma operación: Lannes acomete á los dos mil mamelucos, Murat los flanquea, y acuchillados del mismo modo, son rechazados hasta el mar. Destaing y Lannes se dirigen después hacia el centro, formado por un pueblo, y atácanle de frente: los turcos se defienden con intrepidez, contando con el auxilio de la segunda línea, y destácase efectivamente una columna del campamento de Abukir; pero Murat, que ha desfilado ya por detrás del pueblo, acuchilla esta columna, rechazándola hasta el mismo: la infantería de Destaing y la de Lannes penetran á paso de carga y persiguen por todas partes á los turcos, que obstinándose siempre en no rendirse, no tienen otra retirada sino el mar, donde se ahogan.

Ya habían perecido cuatro ó cinco mil de este modo; la primera línea estaba tomada y llenado el objeto de Bonaparte; de modo que estrechando á los turcos en Abukir, podía bombardearlos mientras llegaban Kléber y Regnier; pero quería aprovechar su triunfo, completando la victoria al instante. Después de haber dejado tomar aliento á sus tropas, marcha sobre la segunda línea; mientras la división Lanusse, que estaba de reserva, apoyaba á Lannes y Destaing. El reducto que protegía á Abukir era difícil de tomar y encerraba de nueve á diez mil turcos, teniendo por la derecha un ramal que le reunía con el mar y por la izquierda le prolongaba otro ramal, aunque sin unirle enteramente con el lago de Madieh. El enemigo ocupaba el espacio abierto y defendido por numerosas cañoneras; mas Bonaparte, acostumbrado á dirigir á sus soldados contra los más formidables obstáculos, les manda á la posición enemiga, marchando sus divisiones de infantería por el frente y derecha del reducto. La caballería, oculta en un bosque de palmeras, debía atacar por la izquierda y atravesar bajo el fuego de las cañoneras el espacio abierto entre el reducto y el lago de Madieh. Efectuáse la carga; Lannes y Destaing hacen avanzar á su intrépida infantería; la 82.^a se adelanta con el arma al brazo sobre los atrincheramientos, y la 18.^a los flanquea por la extrema derecha; el enemigo las encuentra sin esperarlas, y comienza la lucha cuerpo á cuerpo.

Los soldados turcos, después de haber descargado su fusil y sus dos pistoletazos, desenvainan el sable; quieren coger las bayonetas con sus manos, pero las reciben en los costados antes de conseguirlo, y así se

matan en los atrincheramientos. Ya falta poco para que llegue al reducto la 18.^a; pero un terrible fuego de artillería la rechaza, haciéndola volver al pie de las obras. El bravo Leturcq muere gloriosamente por querer retirarse el último, y Fugieres pierde un brazo. Murat, por su parte, había avanzado con la caballería para flanquear el espacio comprendido entre el reducto y el lago Madieh; habíase precipitado varias veces, rechazando al enemigo; pero cogido entre los fuegos del reducto y de las cañoneras, fué preciso retirarse hacia atrás; algunos de sus jinetes llegaron hasta los fosos del reducto; mas los esfuerzos de tantos héroes parecían impotentes.

Bonaparte contemplaba aquella carnicería, esperando el momento favorable para volver á la carga: felizmente, los turcos, siguiendo su costumbre, salen de sus atrincheramientos para ir á cortar las cabezas de los muertos, y Bonaparte, aprovechando aquel momento, destaca dos batallones, uno de la 22.^a y otro de la 69.^a, que marchan contra los atrincheramientos y apodéranse de ellos. Por la derecha, la 18.^a, aprovechando también la ocasión, penetra en el reducto; y Murat, por su parte, ordena una nueva carga. Uno de sus escuadrones atraviesa aquel espacio tan terrible que hay entre los atrincheramientos y el lago, y entra en el pueblo de Abukir. Entonces, espantados los turcos, huyen en todas direcciones, y comienza una terrible carnicería, en la que, picando á los enemigos con las bayonetas, se les precipita en el mar. Murat, á la cabeza de sus jinetes, penetra en el campamento de Mustafá-bajá: poseído éste de desesperación, empuña una pistola y la dispara contra Murat, hiriéndole ligeramente; Murat le corta dos dedos de un sablazo y envíale prisionero á Bonaparte. Los turcos que han sobrevivido se retiran al fuerte de Abukir.

Más de doce mil hombres flotaban sobre aquellas ondas que en otro tiempo sirvieron de sepultura á nuestros marinos; el fuego y el acero habían acabado con otros dos ó tres mil, mientras los demás, encerrados en el fuerte, no tenían más recurso que la clemencia del vencedor. Esta es la extraordinaria batalla, tal vez la primera en la historia de la guerra, en que quedó destruido enteramente todo el ejército enemigo. Entonces fué cuando Kléber, que llegó al ponerse el sol, abrazó á Bonaparte, exclamando: «¡General, sois grande como el mundo!»

De este modo, bien por la expedición de Siria ó por la batalla de Abukir, quedaba libre el Egipto, al menos momentáneamente, de las fuerzas de la Puerta. Podía verse con regocijo la situación del ejército francés, que después de tantas pérdidas contaba con unos veinticinco mil hombres, los más valientes y mejor acudillados del universo. Cada día debía simpatizar más con los habitantes y consolidar su establecimiento. Hacía un año que Bonaparte estaba allí: llegó en verano antes de la inundación, y empleó los primeros momentos en apoderarse de Alejandría y la capital, lo cual consiguió con la batalla de las Pirámides. Pasada la inundación y en el otoño terminó la conquista del Delta y confió á Desaix la del alto Egipto. En el invierno intentó la expedición de Siria, destruyendo en el monte Tabor el ejército turco de Djeddar, acabando de derrotar en el estío y en Abukir el segundo ejército de la Puerta. Habíase, pues, em-

pleado el tiempo del mejor modo posible, y mientras la victoria volvía en Europa la cara á las banderas de Francia, las miraba con predilección en Africa y Asia. El estandarte tricolor ondeaba triunfante en el Nilo y en el Jordán, en los mismos lugares que sirvieron de cuna á la religión de Jesucristo.

Bonaparte ignoraba todavía lo que pasaba en Francia por no haber recibido ninguno de los pliegos del Directorio ni de sus hermanos, hallándose en la mayor ansiedad. Con el deseo de adquirir noticias, hacía cruzar varios bergantines con orden de que detuviesen á los barcos mercantes y se informasen de cuanto pasaba en Europa. Envió un parlamentario á la escuadra turca,



Arnault (I)

que con el pretexto de ajustar un canje de prisioneros, debía procurar adquirir algunas noticias. Sidney-Smith entretuvo al parlamentario, tratóle muy distinguidamente, y viendo que Bonaparte ignoraba los desastres de Francia, se complació malignamente en enviarle un paquete de todos los periódicos. Volvióse el parlamentario, y entregó á Bonaparte el paquete citado: toda una noche pasó devorándolos é informándose de cuanto pasaba en su patria. Al momento formó su resolución, decidiendo embarcarse ocultamente para Europa, é intentar la travesía, aun á riesgo de ser apresado por las escuadras inglesas. Llamó al contraalmirante Grantheaume, y le ordenó poner en estado de darse á la vela las fragatas el *Muirón* y la *Carrere*: sin hablar una palabra á nadie pasó el Cairo para dar sus disposiciones, y redactando una larga instrucción para Kléber, á quien quería dejar el mando del ejército, salió al punto para Alejandría.

El día 5 fructidor (22 agosto), llevando consigo á Berthier, Lannes, Murat, Andreossy, Marmont, Berthollet y Monge, se dirigió con la escolta de algunos guías á una playa distante donde le esperaban algunas lanchas, y embarcándose en ellas subieron todos á las dos fragatas el *Muirón* y la *Carrere*, que iban acompañadas

(1) Así como Costaz y Villoteau, cuyos retratos ilustran las páginas 877 y 883 respectivamente, Arnault formó en la legión científica de la expedición á Egipto.